



## Ramón Acín visto por otros—3



Acín inaugurando en Huesca el monumento dedicado al oscense fundador de la paleontología española Lucas Mallada, 1925

En esta tercera entrega dedicada a Ramón Acín visto por otras miradas, os ofrecemos a Manuel Abril en la exposición del Ateneo madrileño, 1931, Arturo Martínez Velilla en la exposición del Círculo Oscense, 1932, o las palabras que le dedicó Félix Carrasquer, quien fue alumno y después correligionario anarcosindicalista. Carrasquer recuerda la figura del maestro en 1988, homenajeándole en el centenario de su nacimiento.

Ramón Acín deseaba viajar a París, durante décadas capital mundial del arte y motor, entre finales del siglo XIX y primeras décadas del XX, de las vanguardias plásticas y literarias mundiales.

El viaje lo había iniciado en 1913, con veinticinco años, pero durante su parada en Barcelona, su amigo Ángel Samblancat lo involucró en una aventura que acabaría pronto y en los calabozos. Se trataba del semanario *La Ira, órgano del asco y de la cólera del pueblo* –título poco tranquilizante-. En su redacción estaban, además de Samblancat y el propio Acín, *Federico Urales* – de nombre real Joan Montseny i Carret-, anarquista de gran popularidad, fundador de publicaciones de gran proyección como la *Revista Blanca*. Y también estaban en *La Ira* Fernando Pintado o el pintoresco Plató Peig.

Quince años después de la aparición y también desaparición del semanario, Acín pronunció un discurso en el Centro Aragonés de Barcelona y recordaba, algo novelada, aquella experiencia:

El año 13, vine por primera vez a Barcelona. Venía de paso para París. Me había largado de casa con mucha melena en la cabeza y pocos cuartos en los bolsillos, y por todo equipaje, la “Vida de Pedro Saputo el de Almudévar” (pues me habían encargado unos dibujos de este libro) y un par de calcetines. A mi amigo Ángel Samblancat le hizo mucha gracia este equipaje, que algo le faltaba y le sobraba algo para ser el equipaje de don Fermín, que, como sabéis, consistía en un gorro y un calcetín. (Le sobraba, como es lógico, un calcetín y la “Vida de Pedro Saputo”, y le faltaba el gorro).

Samblancat me hizo quedar para fundar un periódico. El primer número cayó como una bomba; Francos Rodríguez, gobernador de Barcelona a la sazón, dudando si llevarnos al manicomio o a la cárcel, son palabras suyas, nos dejó en libertad. Al segundo optaron, sin dudar, por llevarnos a la cárcel; si sale el tercer número, ya en prensa, ¡pum, pum!, nos fusilan, con trinos de dulces pajaritos, en mitad de la Rambla de las Flores. Desde luego un bello morir, mas mejor es poderlo contar.



Acín e Ismael, París 1926

Debe aclararse, por ejemplo, que Francos Rodríguez, gobernador por corto espacio de tiempo en Barcelona –del 22 de junio al 30 de octubre de 1913- era un hombre culto, librepensador, masón, médico, periodista, escritor que en su juventud de estudiante de medicina había militado en la Juventudes Estudiantiles Republicanas. Imaginamos que los redactores de *La Ira* tuvieron mucha suerte por lanzar su publicaciones justamente en esas fechas por caer en manos de un hombre de talante abiertamente liberal que medió durante su mandato en las múltiples huelgas que sucedieron en Barcelona.

Acín, 13 años después, pudo hacer realidad en 1926 su objetivo por vivir de lleno el mundo artístico parisino. En la foto le vemos con su amigo el pintor granadino Ismael González de la Serna, a quien debía conocer tanto de su viaje a Granada, como también a Lorca, como de su posterior estancia en Madrid.

Ramón estuvo menos tiempo del planeado pues debió regresar a Huesca por una enfermedad de su segunda hija Sol. Mas debió aprovechar mucho esa estancia pues tras el viaje emprendió unos cuatro años de profusa producción pictórica y escultórica que suponía una evolución radical de sus conceptos artísticos. Fruto de ello fue su exposición, a finales de 1929, en las prestigiosas y vanguardistas *Galerías Dalmau* de Barcelona, con gran proyección pública de su obra. Y repetiría otra clamorosa exposición en el Ateneo de Madrid, en la que al prestigio como artista sumó su papel público como exiliado en París tras el fracaso de la Sublevación de Jaca de diciembre de 1930 y en la que estuvo muy involucrado. Exilio que finalizó cuando él y quienes iban a ser el nuevo gobierno democrático volvieron tras la proclamación de la II República Española el 14 de abril de 1931.

De esta última exposición, en la que cosechó una gran proyección en la prensa española, hay un artículo particularmente importante por la firma de su autor, Manuel Abril, y por el magnífico texto que dedicó a Ramón Acín y que leeréis a continuación. □



# Rumbos, exposiciones y artistas. Ramón Acín

Manuel Abril. Revista Blanco y Negro. ABC, Madrid 5 julio 1931 Id FRKA: I260

Ramón Acín expone unas cuantas obras en el Ateneo de Madrid.

“Expongo –dice el autor en unas palabras, pocas, que acompañan al catálogo- unas chapas de metales baratos, animadas por sencillas dobleces, y expongo unos cartones de embalar ligeramente coloreados y encuadrados con varetas –como dijo un amigo- de baulero. Poca cosa todo; pero no es el material, sino el espiritual, como diría Unamuno.”

Hay en la Exposición –citemos en un orden de jerarquía ascendente-, primero, unos dibujos; luego, unos óleos; después, unas obras de chapa, y después el autor, Ramón Acín.

Los dibujos carecen de interés, aunque en alguno apuntan cualidades; los óleos tienen ya más importancia: dos cabezas de mujer y el frailecito son obras personales y de sensibilidad; pero las obras de chapa tienen más interés que todo ello; y el autor, Ramón Acín, tiene más interés que la obra toda.

Poco hemos tratado al autor; dos o tres conversaciones y no largas; lo bastante, sin embargo, para que hayamos sentido que en Ramón Acín hay un hombre. ¡Qué palabra ésta de “un hombre”; debiera decir mucho, y apenas si ya, con el uso y con el manoseo de tantos, dice nada...!

Para saber lo que es Acín sería conveniente que vierais sus obras de chapa. Ramón Acín recorta, en cartulina, la silueta de una figura, y luego, por dobleces y combados, la articula y la escorza. No compone a la manera de Gargallo, combinando pedazos de chapa: Acín, por lo general, emplea solamente una lámina, siguiendo el mismo sistema de algunos ingeniosos inventores de *bibelots*, que han lanzado actualmente a la industria felices estilizaciones de animales realizadas en láminas de cobre. Ramón Acín, no obstante, aunque siga un procedimiento parecido, no es un bibelotista: procura en lo posible dar a sus construcciones dramatismo y darles profundidad, seriedad de arte escultórico.





El género propende al *bibelot*, y Acín no ve con disgusto la posibilidad de que pueda su escultura obtener un destino industrial y pueda de esa manera incorporar el arte verdadero al objeto llamado de “capricho”. Poder regalar obras de arte por el mismo dinero que cuestan el termómetro, el reloj, el portátil o el cenicero... –todas esas chucherías deleznable que solemos regalar cuando hay que regalar algo-; éste sería un ideal que Acín vería con gusto hecho realidad.

Acín es un demócrata; quiere que el valor humano eleve su nivel en todos los hombres; y quiere, por lo tanto, que el buen arte vaya a todos y que todos puedan ir –económicamente- al buen arte. Gleizes veía con gozo la posibilidad de que el cubismo permitiera la reproducción de las obras, poco menos que por serie, y no mecánicamente, sino por los mismos discípulos, como en el Renacimiento; haciendo así llegar por poco precio a manos de los poco afortunados las obras que hoy no pueden ir más que a los ricos. Acín convertiría, igualmente, sin disgusto, la escultura en *bibelot*, pero dignificando el *bibelot* hasta darle valor de escultura.

Lo cierto es que Acín, como decimos, estudia en la cartulina la cadencia y la expresión de la figura, y luego trabaja la chapa con arreglo al previo esbozo.

La forja, y en general, todo el trabajo artístico en metales lleva consigo una emoción ajena al arte, aunque aneja: la emoción del oficio que implica y del emblema humano que supone; el material áspero y fuerte del metal, arrancado a la tierra y sometido al fuego y a la forja, implica ya solemnidad de mito, y esa solemnidad se acrecienta cuando el espíritu artístico del hombre doblega el material para hacerle expresivo.

En las obras de que hablamos se hace el material dócil y airoso; patético en ocasiones, elegante en ocasiones; la línea, sentida siempre.

Ramón Acín, lo mismo que estas obras: hierro el material, pero sentimiento fino y delicadeza sutil en su humanidad recóndita. El hierro fuerte y áspero se deja doblegar por el espíritu, y logra el sentimiento del dolor, de la angustia, de la feminidad en reposo, de la ingravidez alada. Así es el autor también, sencillo; rudo, acaso; amigo de pocas palabras y de escasos cumplimientos cortesanos; pero capaz, en cambio, de bondad, de amistad, y de seria delicadeza. A veces queriendo

ser rudo, es tímido; por formalidad, por respeto humano acaso; porque no es de varones que se estimen el zaragateo liviano. Pero en la fortaleza sobre todo –véanse las chapas de hierro- ductilidad, sentimiento, fineza...

“La chapa o el cartón –nos dice Acín refiriéndose a las obras que ahora expone- tienen vejez, cuando menos de dos años... Precedidas de un cuarto de siglo de modestas, pero continuadas rebeldías, en que uno no hizo más que estar alerta al momento español”, expone ahora esas obras sin darle ahora a la Exposición mucha importancia. Acín es hombre harto atento a los valores humanos para caer en esa egolatría del artista que cifra en cualquier obra de sus manos la suma importancia del mundo. Y hace bien, aunque valga la obra. Su obra es de interés; pero es de más interés el autor mismo. □



## Ante la exposición de Acín. Notas críticas

Arturo Martínez Velilla. *El Diario de Huesca*. 11-06-1932. Id FRKA: i284

Una circunstancia -dolorosísima para un hijo que ve en trance amargo la vida de su madre- hace pueda presenciar los múltiples y variados trabajos que Ramón expone en el salón “Blanco” del Círculo Oscense.

No ha mucho, y desde estas mismas columnas, me refería al artista patilludo y de la deuda que debía a los oscenses que sienten en su alma los cosquilleos del arte. Ramón ha satisfecho la deuda con esta exposición, que yo la llamo de arte integral.

Acín sabe dibujar y pintar. A sus pinceles sabe imprimirles modulaciones clásicas cuando así lo desea. Esto lo digo para deshacer ese batallón de maledicentes que ponen sonrisas irónicas ante alguno de esos cartones de perfiles vagos y en desorden. A este batallón le digo: el arte es más bueno cuando deja al observador “artístico” un margen para completar la obra con su propia inteligencia. Y esto es debido a que el papel del observador no sólo debe reducirse a una actitud pasiva. Su dinamismo artístico cerebral lo quiere hacer también activo. He aquí, señalada en esta breve digresión, la nueva modalidad de los artistas que, como Acín, quieren imprimir en sus obras las características de las nuevas armonías del arte nuevo.

El cuadro del malogrado “Sylvio Kosti”, prueba de manera contundente las excelencias pictóricas y la técnica del dibujo de este artista. Color y rasgos son perfectos. Para los clasicistas, lo único digno y honorable de esta exposición. Pero los clasicistas disminuyen cada día por aquello de que cada rasgo tiene su época.

Los lienzos que Ramón expone son de cartón del barato. Por algo es un pintor del proletariado. Los frisos, lo mismo que sus cuadros, son pobres por eso. Una pobreza que luego la abrillanta y enriquece cuando sobre ellos hace caer el ritmo del rasgo preciso. La nebulosidad con que envuelve algunas de sus obras, hace crecer la expresión a medida que escatima lo perfectamente definido. Y es que el artista quiere que el observador se compenetre con él por intimidad de inteligencia y no por admiración de enfatuado.

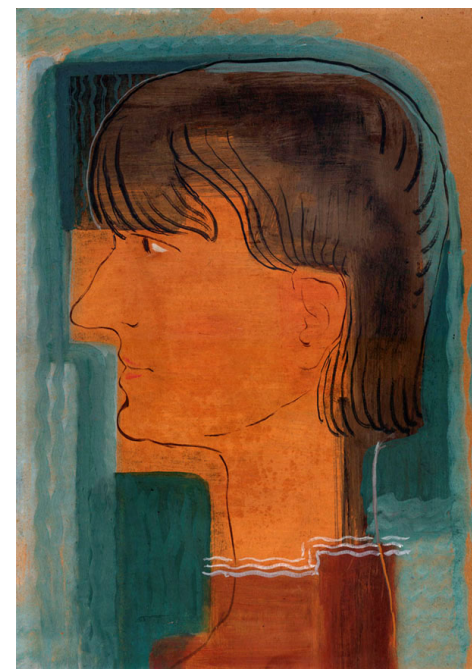
“El fraile” es todo un rasgo. Una expresión única, algo así como una mirada profunda que quiere desvalorizar el perfil del dibujo. Los moldes clásicos, en este fraile de intenso misticismo, romperían esa expresión sublime y lo encadenarían en lo vulgar e insípido. Este “fraile” acredita a Ramón como pintor intelectual y reformista.

El retrato de su mujer, es una marina. Algo así como la luna que se ruboriza en los cristales inquietos del mar. Una nueva modalidad pictórica que enciende sus luces en el conjuro de la plasmación simbólica.

“La cárcel” es un cartón de líneas más atrevidas. Escuela futurista. Hace enjuiciar al pensamiento. La paloma blanca es todo un poema de evasión presidiaria.

“Las venus rubia y morena” con toda la pelusa al descubierto, es un caso de desvergüenza... para todos aquellos que llevan veneno en el corazón.

Los relieves en yeso y bronce que exhibe, le dan categoría de maestro modelador. Con sus largos dedos y los indispensables palillos de boj, ha sabido conciliar caracteres y movimientos de gran plasticidad artística.



*Meditarránea*. Retrato de Conchita Monrás



Las dos figurillas abocetadas en yeso que presenta, se alejan un tanto de la realidad expresiva por el exceso de rasgo borroso. Y los excesos llevan el libertinaje al arte.

De arte aristocrático, por la elegancia de líneas que encierran, pueden calificarse las figurillas de hojalata que viven su vida de arte en el centro del salón exposición.

La “bailarina” y el “atleta”, son una demostración de dinamismo, originalidad y destreza. La una parece saltar en un antiguo escenario helénico al clamor de músicas exóticas. El “atleta” y en un último esfuerzo, parece conquistar el laurel olímpico. Estas figurillas de hojalata con sus dobleces y recortes, es un nuevo capri-cho, mejor, una tendencia propia, tal vez de este siglo, que está concibiendo un nuevo arte.

De intento he querido dejar para lo último la impresión que me han causado “El Tren” y la alegoría de la “Paz” de la exposición de Acín.

“El Tren” es algo magnífico, una demostración evidente de las bellezas que puede encerrar el arte futurista de los ISMOS, siempre y cuando el artista tenga talento para expresarlo con clarividencia estética. Unos rasgos indefinidos, inmaterializados en una vaguedad sinuosa, bastan para definir la esencia íntima de las cosas cuando esos rasgos saben ajustarse, como en “El Tren” de Acín, a un canon propio de perfecto aprisionamiento de la idea, que es la hostia artística con que comulga el alma en el santuario de la plasmación emotiva.

La sombra causa más emoción estética que la misma cosa que la proyecta. El artista que sepa expresar la sombra con realismo humano, es más elevado y culto, que aquel otro que sólo sabe presentarnos la misma cosa. El primero es un genio. El otro no llega a lo vulgar. Por algo el primero sabe plasmar el alma de la cosa que es su sombra.

La “Alegoría de la Paz” es una figura en cartón recortado, bajo cuya túnica rizosa, se oculta el espíritu destructor del militarismo. Esta figurilla de cartón, además de la emoción estética que hace surgir del corazón, invita a filosofar al espíritu que la observe. En esta “Alegoría” hay ironía y sarcasmo. Hay reticencia y antítesis. Evoca lo más cruel de la historia pasada y nos trae a la mente lo más trágico y doloroso de la historia presente y futura. El artista ha querido plasmar la más descarnada de las hipocresías humanas. Y lo ha conseguido al presentárnosla en toda su desnudez. Sí, Acín, la “Paz” que tú presentas, es la que la mayoría de las gentes tienen forjada en las circunvoluciones cerebrales. La más cruel de las mentiras sociales. ¡Gran realismo has conseguido con tu elocuente “Alegoría de la Paz”!

Ramón, estas líneas las escribo cuando en mis oídos retumban los quejidos lastimeros de mi pobre madre enferma. He querido ser fuerte y lo he conseguido. Mi mano ha trazado estos renglones para ofrecerte este obligado comentario artístico Y el dolor y el arte van tan unidos, que han logrado sugestionarme, anestesiando a mi corazón, para que te hiciera justicia al felicitarte por el éxito de la exposición. Una justicia que no quiero que sea como la “Paz” de tu alegoría. □



*Alegoría de la Paz. Boceto para monumento, 1930*





## Rememorando al gran Ramón Acín

Félix Carrasquer. *Diario del Altoaragón*, Huesca. 15-05-1988. Id: FRKA: i358



Félix Carrasquer por José Luis Cano. Portada libro Carrasquer. PUZ, *Col Larumbe* que tan gran impacto hizo en mi mente infantil.

Mi padre tenía que ir a Huesca a tramitar no sé qué en el Gobierno Civil y, dado que era la víspera de las fiestas de San Lorenzo, me preguntó si quería acompañarle. Por mi parte, siempre ansioso de ver y conocer paisajes nuevos, me sentí hondamente halagado ante aquella deferencia; por lo que juntos —y yo más alegre que unas castañuelas— emprendimos el viaje.

Felipe Alaiz, vecino de Albalate y amigo nuestro, al saber que íbamos a Huesca nos dio un encargo para Ramón Acín, joven artista compañero suyo. Ya en la capital, no tuvimos necesidad de llegar hasta su casa; pues sería cerca del mediodía de aquel 10 de agosto, cuando yendo por el Coso en compañía del Señor Lafuerza —funcionario de la Diputación que estaba casado con una señora de nuestro pueblo— éste, señalando con su índice enfrente de nosotros, dijo: “Ése es el joven que buscabais.” Nos paramos, ambos se saludaron y Acín nos fue presentado por el señor Lafuerza, quien, por el tono displicente con que a mí me pareció que lo hizo, dio a entender que el «joven» no le inspiraba mucha simpatía.

Los cuatro nos sentamos en un café, donde tras confiarle mi padre el encargo que para él traíamos, se entabló entre los dos una animada conversación, quizá algo anodina al principio pero muy interesante —al menos ésa fue mi impresión— a medida que avanzaba el tiempo. He de señalar que aunque parezca insólito, a la edad de 8 años ya me llenaban de preocupación dos hechos que chocaban violentamente con mi tierna sensibilidad de niño; 1º la hostilidad manifiesta entre los socios del Centro Obrero y los socios del Casino y 2º la injusticia que, a todas luces, reinaba en mi querido pueblo, donde unos pocos vecinos poseían grandes campos que les permitían vivir con despilfarro mientras que la mayoría, con muy poca tierra o sin ninguna, trabajo tenían para llegar a comer pan todo el año.

El tema central de la conversación tenía algo que ver con eso que tanto me dolía; pero sobre todo, fue para mí algo sorprendente y maravilloso descubrir la figura de Joaquín Costa, del que era la primera vez que oía hablar y nada menos que por boca de Acín, cuyo tono seguro pero sin alzar la voz más de lo necesario, así como su actitud serena y ecuánime para enjuiciar el laberinto sociopolítico de su época, me dejaron prendido y hondamente impresionado, tanto, que sigue estando vivo en mi memoria aquel episodio cuyo recuerdo, algunos años más tarde, me inspiraría el poemita que a continuación transcribo y cuyo valor no es otro que el de testimoniar un hecho



*Era la feria de agosto.  
Mi padre me llevó a Huesca  
donde conocimos a Acín,  
en el Coso, con Lafuerza.  
En un café nos sentamos  
y se habló de muchas cosas:  
de política, del tiempo,  
de la sequía y de Costa.  
Viendo Acín cómo los otros,  
con acento harto prolijo  
sólo asociaban a Costa  
con agua y riqueza, dijo:  
«Siempre que se habla de Costa  
surge el riego y su riqueza,  
sin pensar... que Don Joaquín  
aspiraba a otras grandezas:  
quería que Cinco Villas,  
Monegros, el Somontano  
y otras áridas comarcas  
fueran vergeles lozanos;  
mas no para enriquecer  
absorbentes propietarios,  
sino para dar más vida  
y alegría a sus paisanos;  
ya que junto a la despensa,  
luchaba por una escuela  
que difundiera cultura,*

*arte, libertad y ciencia.  
Recordemos que decía  
con muy sabias alusiones:  
“¡Que el niño suba a los árboles  
y rompa sus pantalones!”.  
¿Qué pretendía con esto?  
Salir de las covachuelas  
y que el campo, el río,  
el tajo fueran parte de la escuela.  
Y quiso, con primacía,  
un colectivismo agrario  
que diera a los españoles  
un vivir más solidario;  
que se dejara el orgullo  
de viejas glorias barrocas,  
para adquirir nuevas técnicas  
y aproximarnos a Europa.  
Y si abogó por el pan...  
también por cultura y ciencia,  
más justicia y libertad  
y una exigente conciencia.  
Por todas estas bondades  
luchó Costa con afán,  
que si a veces se enfadaba,  
era un hombre sin igual.  
Calló Acín, carraspearon,  
llegó el encuentro a su fin;  
pero a mí, el breve discurso  
me hizo hondamente feliz.*

Feliz encuentro en verdad, del que me separarían muchos años —al menos trece o catorce— el día en que tuve la suerte de volver a encontrarme con Ramón Acín. Si bien, en esta ocasión, no sería por razones de paisanaje sino porque nos sentíamos unidos por el ideal libertario y teníamos necesidad de intercambiar de vez en cuando impresiones y proyectos. Mi entrevista con Acín, pues, tras un intervalo de tantos años, fue suscitada de la manera siguiente: Me hallaba a la sazón trabajando en Barcelona cuando en uno de mis encuentros con Felipe Alaiz le hice partícipe de mis intenciones de volver al pueblo, donde pensaba iniciar una labor educadora que vista por mí desde una perspectiva sociológica libertaria podía tener a plazo no muy largo resultados francamente satisfactorios.





A Felipe le pareció formidable mi idea, pero me aconsejó que antes de poner en marcha el proyecto se lo comunicara a Ramón Acín, «compañero entendido en la materia —me dijo- y hombre de reconocido prestigio en la provincia del que puedes cosechar sabias y útiles experiencias».

Entonces, ni corto ni perezoso como era de prever en función del cálido anhelo que brotó en mi recuerdo de aquel Acín dialogante y ecuánime que un día tuve la suerte de conocer, decido emprender cuanto antes mi viaje a Huesca para poder hablar con él ampliamente, no sólo de mi proyecto inmediato sino de otras muchas ideas que bullían en mi mente de joven preocupado y curioso.

Ni qué decir tiene que a mi llegada a su casa fui recibido con la cordialidad que era habitual en Acín y en su adorable esposa —Conchita— cuyas preciosas hijas —muy pequeñas todavía— completaban aquel paradigmático escenario familiar rebosante de generosidad y abierto a todo el mundo. Es obvio señalar que al exponerle mi proyecto, éste fue acogido no sólo con un simple gesto aprobatorio, sino con todo el calor que para Acín merecía cualquier empresa encaminada a elevar el nivel cultural y cívico de las gentes. A lo largo de nuestra conversación puso gran énfasis, eso sí, en la libertad como valor insoslayable para llevar a cabo con éxito la función educadora; por lo que dábase la feliz circunstancia de que en este aspecto coincidíamos totalmente. Por eso, cuando yo le dije que para mí la tarea de educar consistía en propiciar el pleno desarrollo de las capacidades que van inscritas en el potencial inteligente de todo ser humano y que sin libertad ello no es posible, Acín, visiblemente satisfecho oyéndome hablar de ese modo, volvió a la carga empleando aproximadamente los siguientes términos: sólo por el vehículo de la libertad, el individuo puede lograr ser él mismo íntegramente y acceder a un nivel de conciencia que le permita elaborar el mejor criterio para actuar con acierto y en cooperación con el otro ante los problemas que la sociedad compleja en la que nos hallamos inmersos habrá de plantearnos de modo ininterrumpido necesariamente.

A renglón seguido se extendería en consideraciones sobre la corriente renovadora que a propósito de la Escuela recorría Europa y América desde comienzos de siglo. Me habló especialmente de Dewey, Claparède, Decroly y de algún otro entre los muchos precursores de la Escuela Nueva y, finalmente, de Celestino Freinet, innovador francés que dio a su Escuela el apelativo de «Moderna» en honor a la «Escuela Moderna» de Francisco Ferrer Guardia, fusilado en Barcelona unos veinte años antes, en 1909, por las fuerzas reaccionarias españolas. Me aconsejó, por supuesto, que leyera a los citados pedagogos, y me encareció muy reiteradamente que tuviera especial cuidado en mi trato con las gentes, y sobre todo en no hacer manifestaciones que pudieran provocar respuestas poco gratas desde la circunstancia política que atravesábamos —la Dictadura de Primo de Rivera- tan poco propicia: pues se prestaba a que los cuatro caciques del pueblo, junto al cura y al alguacil, me buscaran la vuelta para dificultar o impedir el desarrollo de mi proyecto cultural. Estas advertencias no caerían en saco roto; porque además de oportunas, habían sido emitidas con tanta serenidad y aplomo que penetraron muy hondo en mi conciencia.

Hablamos someramente de otras muchas cosas, y ante un breve comentario que yo hice aludiendo al «Crítico», de Gracián, pareció un poco sorprendido y se congratuló de mi curiosidad por conocer los escritores insignes de nuestra provincia. Pero la conversación fue derivando suavemente hacia lo que, en realidad era su vocación profunda: el arte, y así fue como tuve la oportunidad de que me condujera, muy amablemente, a la gran habitación que hacía de estudio, donde en una mirada pude abarcar la asombrosa fecundidad de nuestro querido Acín y donde a cada paso me aguardaba una agradable sorpresa: cuadros, acuarelas, dibujos, proyectos y algo que me llamó poderosamente la atención por su extraordinaria originalidad. Se trataba de figuras expresivas a las que Acín había dado forma utilizando materiales de recuperación muy diversos: alambre, latón, cuerdas, papel, cartón y... ¡qué se yo!

Mas para valorar en toda su magnitud la auténtica dimensión humana de nuestro hombre, a este polifacetismo artístico —en el que se incluye, naturalmente, su obra literaria— habría que añadir el despliegue de un sinnúmero de actividades más; puesto que ejercía con suma competencia su función docente en el Instituto de Huesca y en la Escuela Normal, colaboraba con asiduidad en la prensa local o provincial y en la del Movimiento Libertario, asumía muy responsablemente su quehacer sindical —que no era poco— dentro de la C.N.T., y lo que es más significativo: cuando alguien, en medio de la calle, le abordaba para solicitarle un favor, o un consejo o por el simple placer de charlar con Acín, éste, cualquiera que fuese el ciudadano, le escuchaba con cariñoso respeto y sin dar muestras en ningún momento de nerviosismo o impaciencia. Yo, todavía me pregunto de dónde sacaba Acín el tiempo para llevar a cabo a la perfección tantas y tan diversas actividades.



Olvidaba señalar otra de sus ocupaciones preferidas. Soñaba ilusionado con un Museo de Arte Antiguo que iba a estar ubicado en Huesca, ciudad, a poco que la administración se decidiera a prestarle su apoyo, y con ese objeto iba reuniendo en su atiborrado estudio los más variados enseres. Se trataba de efectos case-ros, herramientas de trabajo, objetos artísticos o de ornamento, abalorios, etcétera, que por haber caído en desuso iban quedando arrinconados en los graneros de las casas. Éstos eran pues, los objetos que, como tesoros inestimables que pertenecían a nuestro pasado oscense, Acín intentaba salvar de su desaparición. De ahí que aprovechara sus frecuentes excursiones por los pueblos del Pirineo para ir recuperando ese tesoro cultural tan valioso.

Llegó la hora de despedirnos, y ya solo conmigo mismo durante el trayecto de regreso a Albalate, reflexionando sobre la actitud ponderada y serena de Ramón Acín, tuve la impresión de que algo estaba cambiando en mí muy profundamente. Él me había hecho comprender dónde residen los valores que enaltecen de verdad al hombre, y me hice la promesa de que en adelante, el ejemplo de su vida y de su conducta sería el mejor estímulo para lograr dominar mis impulsos y saber prescindir en mis ademanes de aparatosas y estériles vehemencias.

Tras este episodio de mi vida, sólo unos días antes del Levantamiento de Galán se reanuda de nuevo mi comunicación con Acín, de quien recibí unas líneas anunciándome posibles acontecimientos de importancia en el Alto Aragón, y que por tratarse de un asunto castrense la discreción se imponía. Añadía: que sólo era un aviso para que no nos cogiera desprevenidos; ya que de salir bien repercutiría en favor de la República. Ni qué decir tiene que el aviso nos movilizó en toda la comarca; pero se apagó nuestra esperanza el día que se extendió la noticia de que Fermín Galán y García Hernández habían sido fusilados ante el piquete de ejecución.



Acín junto a una de las estelas del monumento a Galán y García Hernández en Jaca y que no llegó a terminarse por la sublevación contra la democracia

A pesar de este trágico desenlace, la República se implantaría a no tardar y es entonces cuando volvería a entrevistarme con Acín en Huesca y en una atmósfera de franco entusiasmo. Sus sabias orientaciones eran siempre calurosamente acogidas por los compañeros de las distintas comarcas, y dado que la C.N.T. se estaba reorganizando de nuevo, había que ponerse de acuerdo para impulsar la República hacia realizaciones sociales del mayor contenido libertario posible.

Más tarde y después de habernos visto en una Plenaria provincial de la C.N.T., celebrada en Huesca, Acín me escribió para solicitar de mí un inesperado servicio. Me decía - que Francisco Galán —hermano del malogrado Fermín— con motivo de las próximas elecciones legislativas, se hallaba de gira de propaganda por la provincia, y que en algunos pueblos de nuestra comarca —Ontiñena, Peñalba y otros- a él y al grupo que lo acompañaba los apedrearon sin dejarles hablar; por lo que solicitaba de mí que interviniera de alguna manera para evitar esos actos que para la C.N.T. representaban una contradicción y sólo podían acarrearle desprestigio y merecida hostilidad. Me personé inmediatamente en dichos pueblos, donde me confirmaron el apedreo y se justificaban diciendo que no podían aceptar que un tío que ayer era capitán de la Guardia Civil, se aprovechara del fusilamiento de su hermano para presentarse ahora como un revolucionario de verdad. Para evitar pues, que esos hechos se repitieran, al día siguiente yo acompañaría a Galán, con el que iban el capitán Sediles y dos personas más, para hacer su presentación en cada uno de los pueblos donde se paraban y solicitar del auditorio que el respeto a las personas estaba por encima de las opiniones políticas, y que si no eran partidarios de las elecciones, yo tampoco; pero ello no podía justificar ningún acto de violencia contra los oradores.



Durante unos años todos mis intercambios con Acín girarían en torno a las luchas y preocupaciones que movían a la C.N.T. en aquel periodo.

Han transcurrido desde entonces tres años cuando un buen día me pongo de acuerdo con mis hermanos José y Francisco para llevar a cabo una experiencia de educación autogestionada con niños de la ciudad, y movidos por esa idea, decidimos trasladarnos a Barcelona; pero no queríamos partir sin despedirnos de Ramón. Con ese propósito, los tres hermanos convinimos en ir primero a Loscorrales —pueblo en el que mi padre hacía de secretario a la sazón— y a la vuelta entraríamos en Huesca para saludar a Ramón, al que mis hermanos no conocían todavía. Dicho sea de paso, este viaje de regreso Loscorrales-Albalate de Cinca lo hicimos andando. Era el año 1934. Pues bien, como convenido, nos paramos en Huesca, y al pasar por el Coso ¿a quién veo? A Ramón Acín sentado en compañía de unos amigos y de la muchacha que le servía de modelo para el monumento que estaba cincelando en memoria de Galán, junto a la puerta del mismo café en el que yendo yo con mi padre, a mis 8 años, lo vi por primera vez, y para mayor coincidencia era también el día de San Lorenzo.

Charlamos de todo un poco aunque de nada formalmente; a «batons rompus» como dirían los franceses. Nos deseó mucho éxito y se expresó con gran entusiasmo a propósito del futuro social. Debo confesar —¡oh ironía!— que lo encontré más alegre y optimista que nunca. Nos despedimos con un abrazo y yo, ¿por qué no decirlo? con cierta melancolía, aunque sin sospechar un momento, claro está, que éste sería nuestro último adiós. ¿Quién podía imaginarlo? Mis hermanos quedaron tan impresionados que sus comentarios sobre la persona encantadora que era Acín resonaron placenteramente en mis oídos durante gran parte del trayecto de vuelta.

#### RECUERDO PÓSTUMO



Cuando supe la trágica noticia de su fusilamiento, no sé expresar lo que pasó por mí; algo que me conmovió profundamente de dolor, de rabia, de confusión... todo junto. Pero... ¿cómo ha podido ser? —me preguntaba. Si a un hombre como era él, amante de la paz, tolerante, atento y delicado con todo el mundo; que con el mismo respeto y consideración respondía ante un canónigo que ante un agnóstico; que lo mismo se paraba a saludar a un niño que a un anciano, un poderoso o un descamisado, y que cuando te escuchaba, con aquel esbozo de sonrisa que dibujaban sus labios parecía decirte: por encima de cualquier diferencia si la hubiere... yo, quiero ser tu amigo. Si a un hombre de su talla — repito— el fascismo lo sacrificaba brutalmente, el hecho pone de relieve la perversidad criminal que animaba a las hordas franquistas; odio y violencia que siguieron descargando con una crueldad incomprensible a lo largo de cuarenta años.

Pero Ramón Acín, el Grande por ser tan humilde, el humanista, el artista polifacético, el poeta, está ahí con su recia figura desafiando al tiempo. Por eso, quienes tuvimos la suerte de conocerlo de cerca, quienes son capaces de emocionarse ante la originalidad de su obra ar-

tística, o de introducirse en su producción literaria, querrán reivindicar la memoria de su persona como paradigma de una conducta lúcida e irreprochable. □

